

mento, unos seres, un paisaje, una "pintada" — y trasladarlos a otro contexto — una sala de exposición, una revista —, con lo que se enfatiza o subraya ese hecho o realidad. ■ **FERNANDO ARIAS.**

## El taller de litografía y calcografía sevillana

Desde que llegué a Sevilla, para ver las dos exposiciones que me interesaban — la otra de pintores andaluces y la de urbanismo y arquitectura popular del Sur, ambas organizadas y patrocinadas por la Universidad de Sevilla —, desde que llegué, digo, a Sevilla, todo el mundo me lo andaba recordando: "Tienes que ver la exposición de grabado de Cortijo y de sus discípulos...". "¿Has visto ya la exposición de grabados del taller de Cortijo?". Fui. La exposición la tenían instalada al lado de su propio taller, en la calle doña María Caronel, por San Juan de la Palma... Muy cerca de la antigua Casa de los Artistas. Claro que tenía que sacar tiempo y disposición para ver a los cortijeros. Por dos razones: primero, para ver a esos muchachos y a sus obras; segundo, para ver a Cortijo desenvolviéndose en su ambiente magistral.

Cuando llegué, estaban casi todos reunidos y discutiendo las obras que llevaban entre manos. Allí estaba Cortijo y también Dolores, la mujer de éste. Cerca había piedras litográficas en acción, planchas y tórculos de grabado... todo lo que tiene que tener un taller de gra-

bado y calcografía, como dice el cartel anunciador de la misma "exposición permanente". Los jóvenes artistas se acercaban de vez en cuando al "maestro", quien les hacía leves indicaciones sobre la intensidad del tintado o la energía con que deben estar hechos determinados "mordidos". De entre los jóvenes artistas reconocí a María Manrique, que hace tres o cuatro años ya hacía una pintura mágico-realista muy interesante... Pero allí estaban también Félix de Cárdenas, Manolo Castaño, Mercedes de la Gala, Paco Reina, Rosa Ricca, José Pedro Ruiz y Margarita Sierra.

Lo bueno del estilo común de ese taller — por el momento se puede hablar de un estilo común — es que no hay predisposición sobre lo que tiene que ser su manera de expresarse. Ni hay ninguna predisposición para ser "modernos", ni hay ninguna "alevosía para ser realistas". Son lo que tienen que ser, de acuerdo con las necesidades inmediatas que los problemas le van planteando. Claro que ahí, como en tantas otras expresiones sevillanas, sale a relucir esa magia del realismo ambiental, de la cual el mismo Cortijo es un maestro, y que acabará formando escuela en la ciudad. Yo estoy contento de lo que he visto allí. Ese taller y su ambiente es uno de los factores que me hacen esperar un verdadero renacimiento de las artes en la ciudad.

Pero decía que la otra cosa que me interesaba ver era el propio Cortijo en su ambiente magistral. Me interesaba, porque cuando se conoce un poco a Cortijo, lo último que puede concederle uno es ese estilo personal entre paternal y magistral que requiere verdaderamente un maestro. Cortijo tiene algo en su "facies" y en la manera de producirse que más parece un bárbaro que un hombre da-

do a las matizaciones. Y no. La delicadeza, a veces hasta amorosa, que trasciende de todos sus cuadros, responde a una realidad que también es personal. Hay que verle, maestro de su taller, persuadiendo, aconsejando, enseñando con paciencia y con amor... Por lo demás, hay que agradecerle a Cortijo la creación y el mantenimiento de ese taller, que no puede traerle aparejado más que trabajos y tal vez algunos sinsabores.

Sin duda, la conciencia de la acción social de su propia pedagogía ha sido algo muy determinante en Cortijo para fundar y para mantener ese taller con su esfuerzo y con su trabajo. Cortijo es un hombre de izquierda, muy de la izquierda. Allí en el taller, todos o casi todos lo son. Pero no están unificados los criterios.

Cuando Paco Cortijo y Dolores, su mujer, iban presentándose a todos los miembros del equipo, iban diciéndome, con una sonrisa en los labios, al grupo político a que cada uno pertenecía. Siempre con una sonrisa en los labios. Resulta que el "bárbaro" Cortijo no es tan bárbaro. Resulta que el "bárbaro" Cortijo tiene la mejor forma de liberalismo que se puede tener, que no es la de una manera de pensar, sino la de una manera de ser. Allí se practica y se vive el mejor de los liberalismos, pues todos están de acuerdo en lo que es fundamental para empezar a vivir.

Pero a mí me parece que lo más importante que tenemos que agradecerle a Cortijo es esa labor de enseñanza y pedagogía de las artes que él está llevando a cabo, sin hacer ninguna propaganda de ello. Esa labor de difusión del magisterio del arte, con frecuencia es mucho más efectiva que las que llevan a cabo las escuelas oficiales de Bellas Artes. Eso lo veremos

con el tiempo, cuando empiecen a florecer todos esos muchachos que hoy apuntan. Y apuntan muy bien. ■ **JOSE M.º MORENO GALVAN.**

## TEATRO

### "Alicia, en el país de las maravillas"

Vi al autor, a quien no conocía, en el entreacto. Se dirigió a mí y cruzamos unas pocas palabras: "Tengo obras más ambiciosas, pero los productores han elegido ésta. Llevo muchos años escribiendo y he llegado ya a esa edad en que uno necesita entrenar para poder seguir".

Me parece éste un honesto testimonio sobre la situación del teatro comercial español, máximo después de ver "Alicia, en el país de las maravillas" y escuchar los complacidos aplausos de un público que, evidentemente, situaba la obra de Miguel Sierra entre el teatro que quiere ver.

La obra, por supuesto, no tiene nada que ver con la gran novela de Lewis Carroll, de la que, por cierto, se han hecho en el mundo anglosajón excelentes versiones teatrales. Alicia es en esta ocasión una criada española y el "país de las maravillas", dicho con cierta ironía, es Francia, o, más concretamente, París. El tema es, pues, el de la emigración, el de los sueños frustrados de tantos emigrantes laborales que, sin embargo, comprenden que el regreso a su tierra sería aún peor.

Miguel Sierra, por lo que dice en la nota del programa y por una serie de elementos que existen en la obra, es perfectamente consciente de la amargura del tema: "Alicia en el país de las maravillas" es una comedia que dudó en ser tragedia. Al comenzar a escribirla, tuve mis vacilaciones sobre qué tratamiento debía darle". De la "vacilación" ha salido una típica obra de doble lectura, con situaciones amargas recubiertas de un divertido diálogo. La fórmula funciona, porque, a fin de cuentas, las situaciones básicas dan a la comedia y a los personajes la necesaria humanidad — como ocurre en el "Violines y trompetas", de Santiago Moncada —, mientras el desenfado cómico del autor protege a los es-

